

Impresiones y retales



Federico de Haro de la Cruz

Presentación

No es frecuente presentar a un escritor novel que va a cumplir sesenta y cinco años, aunque tal y cómo me decía hace poco: no fue posible de otra forma. Necesitó el reposo merecido de la pedagogía, que aun así continua ejerciendo, para reencontrarse y abrir por fin las ventanas a la ficción.

Cuando se dio cuenta el viento entró y se llevó algunas cosas valiosas, como ocurre en la vida real.

Estas páginas son el resultado de ventilar neuronas escondidas en el fondo de los armarios del alma. Tienen de todo, o mejor de mucho y también de experiencias personales más o menos líricas.

En cada uno de los cuarenta relatos está puesto el autor y sus miserias, y desde ese punto de vista se puede decir que son autobiográficos, pero con las experiencias vividas pasadas por el túnel de la literatura. El mundo del escritor, del «mirador», lo resumió F. Pessoa magistralmente: «Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos».

De tal forma que estas páginas son esencialmente el autor, que hace pocos días me preguntaba perplejo: «¿Tendrán algo que ver los otros con mi universo?».

Cuarenta relatos para disfrutar del arte del bien contar.

J. de M.

A mi gato Barrabás, in memoriam.

Vacío

El sol ha dejado, al irse, el desconsuelo de la noche. El vaivén callejero, los coches, el amarillo de las farolas en los charcos, los bares, las luces de los escaparates; todo se confabula desde la soledad para exigir tu vuelta al túnel, al que habías jurado no regresar.

La pequeña abrazada al peluche blanco, más allá de las palabras prostituidas, manipuladas, estrujadas hasta la desaparición de la última gota de su significado, llora en silencio.

El abrigo azul con el que os habéis despedido, los besos, los abrazos, la ternura de sus manos acariciándote el pelo. «Qué guapa eres». Los juramentos, las promesas adornadas con lágrimas. Las amenazas de perderla. La montaña de buenas intenciones acumulada en tantos meses de tratamiento. Nada es capaz de desviar tu determinación.

Hace varios meses que estás limpia, sabes que es peligroso pensar que ya lo has conseguido. Entonces te amenaza, te requiere, te envuelve, te devora por dentro, te atrapa de nuevo. Y te lleva en volandas a su casa. Temblando llamas, no puedes evitarlo. Te recibe con la sonrisa del «sabía que volverías, todos vuelven». Son las alas del caballo blanco que siempre están batiendo, ¿oyes su galope? «Entra, tengo lo que necesitas».

En el estercolero del desengaño, el inmortal deseo aviva el fuego que te esclaviza hasta confluír consigo mismo en el final inevitable. El aullido que sale del abismo. La sociedad, la química o la fisiología ¿qué más da? ¿Cuál es la conexión?, ¿qué hay más allá de la renuncia a la vida? Ya estás cansada de preguntas sin respuesta. La codicia se apodera de las neuronas, y el corazón se marcha al fondo de lo irremediable.

Se apagó la antorcha.

Luego las sirenas del Samur, los destellos azules de la policía, la justicia que autoriza el levantamiento del cadáver. Un caso más para las estadísticas.

—Estos van a ser ahora tus papás, te van a cuidar muy bien. Y te van a querer mucho.

—¿Hasta que venga mi mamá de verdad?

Avergonzados, nadie responde.

La Puri

Invierno en Madrid

Las hojas, como borrachas, dan vueltas y vueltas en pequeños remolinos bajo los árboles casi desnudos. Nubes negras sobre una nota de desánimo frío en el ambiente.

Desde la ventana de la cocina ve a su hija subir y bajar de los columpios en el pequeño parque suburbial. Limpia con la mano el vaho de los cristales que el vapor de la Magefesa ha empañado. Distingue con dificultad el pequeño impermeable amarillo.

En radio Olé, Los Chunguitos cantan «*Si me das a elegir*». La voz de la locutora informa de la muerte, esta madrugada, de Berta Socuéllamos, la protagonista de «Deprisa, deprisa», aquella mítica película de Carlos Saura, sobre la cultura de la marginación social en los suburbios de las grandes ciudades de los años ochenta.

«Si me das a elegir entre tú y la gloria...»

Lo que queda de su capacidad de recordar inicia un breve viaje al pasado adolescente. Vacía el Tetra-Brik de un trago largo, se limpia con el dorso de la mano los labios carnosos y todavía seductores. Los cinco puntos negros tatuados entre el pulgar y el índice de su mano derecha la trasladan a las chabolas del arrabal donde ha vivido con su abuela Lola, y con la Montse y el Chino, y con todos los colegas que fueron cayendo en un tributo injusto que la sociedad se fue cobrando. Vuela a la miseria del poblado, al barro y al frío, y a ratos al hambre, al humo de las hogueras, a ese profundo olor, del que todavía hoy no ha sido capaz de liberarse, y que sigue pegado a su ropa, a su piel, a su alma. Los yonquis vencidos recostados en las paredes de las chabolas; y las ambulancias que de vez en cuando pasan a recoger

cadáveres que sobran. Las *piras*, los *bugas* robados, las noches mágicas de cante al calor de la hoguera, el rechazo de la escuela, los *bardeos*, las *chutas*, el *burro*, la *farlopa*, el *talego*, las *fuscas*, la prostitución para pagarse un *pico* de mierda, la metadona democrática y tramposa.

Vuelve a encender el canuto que había dejado en el cenicero, le da un par de caladas profundas, urgentes, intensas y el hachís hace el resto.

Reformatorio en San Fernando de Henares

La imagen agresiva de Puri se trastoca en la ternura de un abrazo, de una promesa, de un anhelo. Montse parece resistirse, finalmente se deja acariciar los pechos adolescentes, mientras las piernas de ambas se entrelazan entre la devoción y la lujuria. Caricias y besos envuelven juramentos de eternidad.

La intensa luz del flexo resalta los rasgos marcados de su cara, y el color aceitunado de su piel, casi oro verde. Tararea con Los Changuitos: *Si me das a elegir/ entre tú y la riqueza/con esa grandeza/que lleva consigo, ay amor/me quedo contigo...* Los destellos que desprende la anilina de su chaquetilla del chándal intensifican la magia del ambiente, solo rota por los gritos en el pasillo, al otro lado de la puerta, muy lejos.

La mano amiga acaricia con ternura los rizos desordenados, que cubren casi sus pequeños ojos azules, y esa mirada triste, profunda y desconfiada, como un parapeto defensivo y protector.

Tres golpes en la puerta; sin esperar contestación la autoridad entra. ¡Levantaos las dos ahora mismo! ¡Sabéis de sobra que cada una tiene que estar en su habitación; os lo han dicho mil veces!

—¡Pasa de nosotros tía, déjanos en paz! Siempre estás con lo mismo. No hacemos mal a nadie, a ti qué más te da—. Puri se incorpora de la cama para proteger a su amiga, la carcelera insiste:

–¡Fuera de la habitación! No te lo voy a decir otra vez.

–¡Me vas comer el coño, hija puta!

–Te estás buscando un problema, Puri. Díselo tú, Montse.

–A Montse ni la nombres...

En un segundo, un tenedor aparece presionando con firmeza el cuello de la celadora.

–Dame las llaves o te juro por mi libertad que te lo clavo.

La autoridad no duda un momento. Como puede, saca el manojo de llaves del bolsillo, mientras lo entrega balbucea:

–Estás cometiendo una locura.

Luego, un Opel Kadet rojo por la autopista, a ciento cincuenta kilómetros por hora, escapando de todo, hacia el mar, hacia la libertad. *Si me das a elegir/entre tú y mis ideas/que yo sin ellas/soy un hombre perdido, ay amor/me quedo contigo/Pues me he enamorado/y te quiero y te quiero/y sólo deseo estar a tu lado...*

Una ligera brisa agita sus rizos. La luz anaranjada del atardecer refleja en sus ojos el drama de su mirada triste. Recostadas en las rocas del acantilado escuchan el run run del mar, las olas acercándose y alejándose en su cadencia melancólica. Hipnotizadas, seducidas por los vapores del Novoprén, vigilan una pequeña mancha de algodón en la fina línea del horizonte, que abriga con suavidad el disco casi rojo.

No piensan, solo se abrazan, se acarician, boca a boca, lengua a lengua en un desordenado delirio de pasión y dulzura. Una suave brisa las arrulla. Ahora nada se interpone entre ellas, ni el Reformatorio, ni la policía, ni la miseria de la que no saben cómo huir. La insensatez y el miedo desaparecen en la saliva compartida.

Invierno en Madrid

El insistente silbido de la Magefesa la devuelve a los vapores de la cocina. Recuerda las palabras de la trabajadora social: «Si no encuentras trabajo, la niña será tutelada por la Comunidad». Vuelve a mirar por la ventana: el impermeable amarillo se desliza por el tobogán.

Sin prestar atención a la tarea, con movimientos automáticos y algo torpes, el cuchillo se le cae en varias ocasiones. «¡Su puta madre!», dice mientras da una profunda calada al canuto que acaba de encender. Lloro recordando a su abuela; la ve allí, en la chabola, haciendo lo mismo que ella hace ahora, en una repetición ritual de esclava contra la que se revela. Tira la patata al suelo, mira por la ventana y sale de la cocina dando un portazo.

Ya en el parque, el impermeable amarillo corre hacia ella, fundiéndose en un abrazo intenso y acaso reconfortante.

—¡Mami!

Una ligera lluvia despide la tarde fugitiva.

Días de escuela

Veinte pupitres dobles en tres filas, tarima de madera a treinta centímetros del suelo, sobre ella, en un extremo, la mesa del maestro, a un lado la pizarra negra, encima de ella el crucifijo, mapas de España y láminas del cuerpo humano adornando las paredes. Por las ventanas, la veleta en forma de gallo de la iglesia de San Esteban concentra las fantasías de cuarenta niños, conjurando el hastío de aquellas tardes.

Frente a ellos el Batanga, sotana con olor a Zotal. En el aire denso: clase de lectura, la salmodia de todas las tardes.

Da comienzo el ritual de terror infantil: «la letra con sangre entra», «quién bien te quiere te hará llorar».

–García, García, siga usted.

–Mmmmm

–¡Venga aquí!

El preceptor se incorpora de la silla con perezoso esfuerzo, se planta delante de García, levanta con suavidad la cara del niño, coloca la punta de los dedos bajo su barbilla, sonrío ligeramente y, con la otra mano, le propina una brutal bofetada que hace trastabillar al muchacho.

–¡Fuera de clase!

Carlitos, con la mano en la cara, abandona el aula. El resto de alumnos, en silencio, aguantan su miedo y su rabia, permaneciendo con la cabeza inclinada sobre el libro.

–Torres Miranda, siga.

Silencio.

–¡Venga aquí! ¿Por dónde la quiere usted, por la izquierda o por la derecha? –pregunta sarcástico el Batanga.